

Terceras jornadas de Estudiantes de Filosofía. Universidad de Buenos Aires, Capital Federal, 2013.

# Artaud, el enloquecido por la sociedad.

Scasserra, Jose Ignacio.

Cita:

Scasserra, Jose Ignacio (2013). *Artaud, el enloquecido por la sociedad. Terceras jornadas de Estudiantes de Filosofía. Universidad de Buenos Aires, Capital Federal.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/jose.ignacio.scasserra/2>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pqq8/sm4>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## **Artaud, el enloquecido por la sociedad**

### **Abstract**

La propuesta del texto es vincular la vida de Antonin Artaud con el tratamiento que se le ha dado a la locura en occidente a lo largo de la modernidad. Dicho puente no es nuevo, el mismo Foucault lo realiza en su “Historia de la locura”; ahora bien, nos concentramos particularmente en el libro que Artaud le dedicó a Van Gogh, en el que sostiene que “nadie se suicida solo”, responsabilizando así a la sociedad por el suicidio del genio. El mismo tratamiento realizamos con Artaud: a partir del recorrido genealógico de Foucault, podemos entender cómo el discurso médico- jurídico de la modernidad “enloqueció” al autor. Pero buscamos ir más profundo, atravesar los pliegues de los dispositivos de poder y pasar al discurso que sostiene, por debajo, dichas prácticas: nos referimos al discurso del *subjectum*, inaugurado en la antigüedad, en la que habría una subsistencia por debajo del devenir humano. Parece fundamental dicha noción para erigir el enunciado más efectivo del discurso clásico de la locura: el loco es culpable, encierra dentro de sí el pecado de la Sinrazón que es necesario corregir.

### **Artaud, el enloquecido por la sociedad**

Tierno homenaje el que cae en nuestras manos. Podemos fabular una amistad, en la ausencia y a través del tiempo, entre dos hermanos del patetismo. Van Gogh y Artaud dialogan, se conocen, se abrazan, poseídos por esta sociedad que los suicidó o enloqueció respectivamente al palpar su diferencia. Los entendemos como esos “iluminados superiores” que presentaban tal amenaza, tal molestia, que la modernidad no pudo más que inventar la psiquiatría en forma de defensa. Esta tensión no es nueva: Sócrates y Nietzsche son irreconciliables. Se trataba, desde un principio, del estancamiento de aquellas disecadas *eidós* contra la liberación del cuerpo por sobre el alma. La ciencia y el artista conocen una ruptura insalvable. Y es por eso que la primera va a asediar a la segunda.

A partir de ese ataque que occidente propone para con el arte y el *ezpílitu* iluminado es que Artaud señala la complicidad de la sociedad entera para con el suicidio de este anarquista coronado: “...todos habían participado al unísono en ciertas inmundicias generalizadas (...) los mismos que en tantas ocasiones mostraron al desnudo y a la vista de

todos sus almas siniestras de puercos, desfilan ahora ante Van Gogh, a quien, mientras vivía, ellos o sus padres y sus madres le retorcieron el pescuezo a sabiendas.”<sup>1</sup> Al aproximarnos a semejantes declaraciones, no podemos más que pensarlas como resultado fundamental, o quizás capilar, de un proceso que occidente viene experimentando hace años: nos referimos a aquella tragedia constituida a partir de la experiencia de la locura. Se trata de los miedos no admitidos, designaciones directas a la nada misma que acecha detrás de la peste, la lepra, la muerte. Las reacciones de occidente han sido muchas, y han transitado distintas etapas de aislamiento y represión. Disponemos de múltiples lecturas de dicha experiencia, pero en este caso una relectura de la *Historia de la Locura* de Michel Foucault parece convenir. En ella encontramos los lineamientos necesarios para entender qué concepciones sobre la locura operaron a la hora de “suicidar” a Van Gogh, o de “enloquecer” a Artaud.

Foucault nos cuenta que la desaparición de la lepra a fines del medioevo dejó como herencia la estructura de aislamiento que pronto asimilaría a la locura. En un principio, sin embargo, ésta era exhibida, facilitando a la sociedad el escándalo que la locura despertaba: disponemos de la *Stultifera Navis* como símbolo de la época en que aquello que sugería el mayor terror era a su vez mostrado a sus anchas a lo largo del Danubio. El renacimiento, por su parte, entendió a la locura como una tentación: la fascinación por el animal no domesticado, liberado de las formas, construido por la imaginación, seduce. Lo antinatural atrae: los fantasmas de la locura resultan más interesantes que la carne, ya que nos conectan con nuestra propia naturaleza. Extraño poder en la locura, se la entiende como saber, anticipación del apocalipsis frente a una ciencia ociosa y frustrada, perdida en los libros y ausente de experiencia: se predice el reino de satán y el fin de los tiempos. Arriesgar que esta noción de locura podría aparecer parcialmente en el mascullo de Artaud es, como mucho, una especulación interesante.

Sin embargo, en la época clásica, observamos un quiebre, que conserva dentro de sí aquella añeja estructura que se habría usado para la lepra. Se trata de la erección de una poderosa Razón que relegó a la periferia a la Sinrazón, constructo epistémico-social que englobaba dentro de sí una masa de lo más heterogénea: una región de desorden en la

---

1 ARTAUD, Antonin, *Van Gogh, el suicida por la sociedad*, ed. Octaedro, p. 44

conducta, de inadaptación a los valores de la familia, la religión, la sociedad burguesa. Dicha masa es la primera víctima del mecanismo heredado: se excluye para curar. El “gran encierro” es fundamentado sobre un intento de aprehender la naturaleza de la enfermedad mental, sin conectar dichos constructos epistémicos con la experiencia de la locura, siendo que se siguió asediando socialmente a aquellos partícipes de la Sinrazón, comunicando por lo bajo que el único saber legítimo era ese rudimento científico, desacreditando la fascinación renacentista ante ese saber de carácter esotérico que el renacimiento podría haber colocado en las especulaciones de la Sinrazón. Aquél rudimento científico que buscaba una naturaleza última estaba dada con excesiva vaguedad: se habla de causas “próximas” atribuidas a alteraciones cerebrales y causas “lejanas” que pueden ir desde un incidente en la vida personal a perturbaciones climáticas. La (des)cuidada “analítica de la enfermedad”, propia del afán positivista por categorizar, habría situado al loco en un vasto jardín de especies, abandonándolo para colocar el foco en las categorías que explicarían su conducta.

“El sueño de la razón produce monstruos”: Quimeras que tomaron la forma de esos desdichados. La Sinrazón es el primer resultado del *Cogito*, (“¿cómo negar que estas manos y este cuerpo sean míos, a no ser que me empareje con algunos insensatos cuyo cerebro está tan turbio y ofuscado por los negros vapores de la bilis, que afirman de continuo ser reyes, siendo muy pobres, estar vestidos de oro y púrpura, estando en realidad desnudos, o se imaginan que son cacharros, o que tienen el cuerpo de vidrio?<sup>2</sup>) El “gran encierro” de la época clásica acaba con las especulaciones sobre angustias ante el crepúsculo de los mundos y amenazas de invasión por trasmundos terroríficos que el medioevo le atribuía a la locura: la cura y la salvación por medio de la exclusión nos hacen entender que la locura consistía ahora en un problema de control social.

Pero esa noción de la locura se ve mutada en el siglo XVIII y XIX, sufriendo un pasaje hacia una noción puramente antropológica de la misma: ésta es entendida ahora como la alteración de facultades humanas. Ya no se imaginan peligros de otro mundo, sino desencadenamientos de los instintos, confusión sexual y muerte de la infinita presunción del deseo humano. El loco así se aleja de los demás descarriados con los que había

---

2 DESCARTES, René, *Discurso del método/ Meditaciones Metafísicas* ed. Terramar, p. 120

compartido el destino de la sinrazón, la cual se disgrega, especificándose el discurso médico-jurídico. Foucault da cuenta de las estructuras de ese reacondicionamiento: se captura la locura bajo la objetividad de la mirada científica, anudando crimen y locura gracias a la responsabilidad, encerrando todo en una definición medicinal. La locura no tiene más verdad que la que le asigna la mirada objetivadora del Otro-médico. La operación terapéutica de estos años consiste en una inculpación: se amenaza y castiga para provocar un estado de sufrimiento y que así el loco abandone sus prácticas delirantes. El loco ya no es exiliado, sino que se lo vuelve un extraño para sí mismo al culpabilizarlo: su propia locura es una falta.

Sobreviven de la *historia de la locura* varias nociones de la misma que condicen con las especulaciones filosóficas de las épocas trabajadas. Podemos encontrar las fábulas cósmicas del medioevo; la razón desaparecida de la época clásica, o la aprehensión médico-jurídica del siglo XVIII y XIX. Pero, a pesar de los cambios que disponen de las creencias de la época para codificar a la locura, en occidente hay algo que subyace y permanece, un mecanismo estructural que nos ofrece un fuerte sistema de centralidades: Monótono-teísmo, Onto-teología, carno-falogocentrismo. Grotesca sátira inconfesable, se trata de fuertes totalidades que se cierran sobre las fábulas del hombre, y debe haber un Fundamento y un Dualismo en alguna parte de estas especulaciones para que la conquista occidental surta su efecto. Estas totalidades cerradas, (Diosa Razón), no pueden confesar secreto alguno ni admitir un resto en el sistema; la locura es el principio de ruina que se esconde y reprime; el manicomio es una cripta habitada por fantasmas, locos, fisuras que se busca ocultar.

Por otra parte, en todas las perspectivas analizadas sobre la locura, y en la última principalmente, se nos aparece una fuerte impronta inculpadora: existiría, bajo esta noción, una supuesta responsabilidad del loco, mediante la cual el mismo deviene criminal. La experiencia de la Sinrazón encuentra al hombre por entero “paradójicamente designado y absuelto en su culpabilidad, pero condenado en su animalidad”. La construcción de un sujeto de derecho y agente social inculpable parece ser el saber necesario para completar la tríada que, junto con la verdad del discurso científico-jurídico, constituiría las estructuras de poder necesarias para aislar y reprimir las ruinas que occidente no puede confesar.

Frente a estas nociones, Foucault entiende que la locura sólo puede existir con respecto a la razón o el constructo epistémico que la objetive y la determine como tal. Sin discurso médico-jurídico, no puede haber enfermedad mental alguna. Precizando aún más: “La locura tiene una doble razón de ser ante la razón; está, al mismo tiempo, del otro lado y bajo su mirada”<sup>3</sup> Una ausencia total de razón que nos designa sólo paradojas, la eterna aporía de las totalidades occidentales: la sinrazón es la oposición a la razón, pero no puede tener otro contenido más que la razón misma. Sueño y error eran los fundamentos de la locura, pero la vida es sueño, por ende la modernidad no puede más que espejarse en la locura. Los puentes (amarillos) con Antonin Artaud se trazan solos: tenemos ante nosotros un suicidado por la sociedad, un enloquecido. Es el discurso médico psiquiátrico que nos ha introducido dicha enfermedad, que nos ha enloquecido. O quizás también la violencia del mundo que “come vagina cocinada con salsa verde, o sexo de recién nacido flagelado”<sup>4</sup>. Podemos pensar un sistema que genera esa esquizofrenia, el margen necesario, capilar, de toda hegemonía, y a su vez la criminaliza para legitimar sus prácticas represivas y aisladoras. Dicho planteo se reproduce en la imagen del “Cuerpo sin órganos”, pero quizás en ese caso deberíamos frecuentar *El nacimiento de la clínica*. El estamento arbitrario de la literatura médica, que ha constituido órganos diseminados, no es más que un trampolín que permite al discurso jurídico-médico introducir enfermedades en el genio e insertarlo en el jardín de las especies; el triunfo, nuevamente, de Sócrates por sobre Nietzsche.

No podemos desentendernos de esa locura. Imposible pensarla como ajena, como otro, sino que es un resultado de las tradiciones que occidente viene manejando. “Nadie se suicida solo” nos recuerda Artaud. Pues bien, nadie enloquece solo, y de esa forma, la noción inculpadora se vería relegada, inútil, juzgada. Pasemos a entender la culpa como consecuencia de toda la vieja tradición filosófica del *sub-jectum*, aquella que fabularía un *cogito*, un yo acompañando todas las representaciones, pensando(nos) auto subsistentes para poder(nos) culpabilizar. Por el contrario, si damos un vuelco al planteo, y entendemos que todo intento de Mismidad se encontraba ya parasitado por Otro anterior a toda anterioridad que nos asedia y nos inserta en una interminable trama de huellas que remiten

---

3 FOUCAULT, Michel, *Historia de la locura en la época clásica I*, Fondo de cultura económica, p. 286

4 Op. Cit 1, p. 7

solamente a huellas, la locura sería entendida como Occidente mismo, parte de su auto-hetero-tánato-biografía. El loco existe sólo en tanto ya parasitado, asediado por el Otro-medico, Otro-sociedad, que ha constituido un enfermo mental. Artaud, posible precursor de la diferencia (si abusamos de algunas mitologías), parece no ignorar dichas especulaciones que desarticulan la peste de occidente: “Yo, Antonin Artaud, soy mi hijo, mi padre y mi madre”<sup>5</sup>. ¿Cómo designar una Sinrazón si toda subsistencia se ve disgregada por el principio de ruina que acecharía occidente desde antes del *logos*? Van Gogh ahora es un suicidado, pues “nadie se suicida solo. Nunca nadie estuvo solo al nacer. Tampoco nadie esta solo al morir”<sup>6</sup>. Pero no seamos ingenuos: no se trata meramente de una confusión, de los delirios occidentales que habrían fantaseado, por medio de la mímica del sepulturero, un “yo soy un cuerdo” y un “él es un loco”. Por el contrario, el loco existe para ser otro al que asimilar y conservar reprimido en la Mismidad hipostasiada que es Occidente: “él es *mi* loco”. “Y ahora basta Van Gogh; a la tumba, ya estamos hartos de tu genio; en cuanto al infinito, ese infinito nos pertenece a nosotros”<sup>7</sup>. En la sociedad del cálculo y la propiedad que la Metafísica de la Presencia ha construido, el ezipilitu del genio, aquella joya que Artaud no se cansó en elogiar, se convierte en aquello reprimible y conservado en criptas inhabitables. Y, para lograr semejante ultraje, la sociedad “suicida” o enloquece a estos personajes. “Siempre hay algún otro, en el extremo instante de la muerte, que nos despoja de nuestra propia vida”<sup>8</sup>. No es entonces más que un mecanismo de poder, que dispone de una arcaica sombra de dios para funcionar. Recordemos a Nietzsche: “A los seres humanos se los imaginó libres para que pudieran ser juzgados, castigados (...) se tuvo que pensar que toda acción era querida y que el origen de toda acción estaba situado en la consciencia”<sup>9</sup>. ¡Fuerte metafísica del verdugo con la que nos hemos topado! Las sombras de dios asechan la ciencia; y es por eso que ese dios debe ser juzgado. Arremete Guatarí: “No hay razón alguna para contraponer Iglesia y tecnocracia; hay una tecnocracia de la iglesia.

---

5 ARTAUD, Antonin, *Para terminar con el juicio de dios*

6 Op. Cit. 1, p. 41

7 Ibid p. 41

8 Ibid

9 NIETZSCHE, Friederich, *Crepúsculo de los ídolos*, ed. Alianza, p. 75

Históricamente, el cristianismo y el positivismo siempre han hecho buenas migas. El motor del desarrollo de las ciencias positivas es cristiano. No se puede decir que el psiquiatra ha sustituido al sacerdote. La represión los necesita a todos. Lo único que ha envejecido del cristianismo es su ideología, pero no su organización de poder<sup>10</sup>. Y sabemos, desde su crepúsculo, que el veredicto no podrá ser decretado hasta que no terminemos con el lenguaje.

“Y dios, dios mismo aceleró el  
movimiento.

Dios ¿es un ser?

Si lo es, es la mierda.

Si no lo es

no existe.

O bien solo existe

como el vacío que avanza con todas

sus formas

y cuya representación más perfecta

es la marca del grupo incalculable de ladillas

¿Está usted loco, señor Artaud, y la misa?”<sup>11</sup>

La figura de Antonin Artaud se nos ofrece quizás como un anarquista coronado por la historia; su reclamo se para en seco ante los discursos normativizadores que, participando de las conocidas tramas de Verdad-Saber-Poder constituyen subjetividades dóciles que enfermar, enloquecer, suicidar. Se esconde por detrás de la propuesta positivista, el resabio arcaico de un orden escolástico-medieval: el estamento, la categoría, la desviación; la criminalización de un “alma” un “*cogito*”, un “Yo”. Pareciera que dios y sus sombras habrían permanecido reprimidas y sometidas dentro del positivismo, dando (la) muerte a aquellos ezpilitus iluminados. Entendemos que Artaud no sólo arremetía contra dios y contra la vieja metafísica y sus fábulas del *sub-jectum*, sino que pataleaba también contra el movimiento de infiltración en la ciencia positiva, que lo guio al jardín de las especies, a

---

10 DELEUZE, Gilles, “Sobre el capitalismo y el deseo” en *La isla desierta y otros textos* ed. Pre-textos, p. 345

11 Op. Cit. 5, p. 20

categorías sólo llenas de Razón, a tecnologías inculpadoras, a caros precios que pagar, tanto por él como por ese fantasma que llamó Van Gogh.